

XXV Domingo del Tiempo Ordinario C

Nos falta originalidad

"El administrador llamó a los deudores de su amo y dijo al primero: ¿Cuánto debes? Este respondió: Cien barriles de aceite. El le dijo: Aquí está tu recibo: Aprisa, siéntate y escribe cincuenta. San Lucas, cap. 16.

El Señor es siempre original. Cuando enciende las estrellas de Orión y empina el tronco de las palmeras, cuando diseña las alas transparentes de la libélula, o pule cuidadosamente los colmillos del elefante, trabaja sobre modelos propios sin copiar a ningún artífice anterior.

Crea con amorosa originalidad el corazón de los hombres, su mente, sus huellas digitales, el color de sus ojos y su capacidad de entrega y de victoria. Dios no acostumbra hacer a los hombres con papel carbón.

Jesús, en su doctrina y en la forma de transmitirnos su mensaje, también es admirablemente original. Para enseñarnos ese amor limpio que alcanza el perdón de los pecados, invita a una mujer pecadora al banquete de Simón. Se sirve de un hereje samaritano para darnos lección de misericordia con el hermano que sufre.

Nos ilustra sobre cómo forzar las puertas de los cielos, con el ejemplo de un ladrón crucificado. Y en el pasaje de hoy llama a un administrador injusto para enseñarnos prudencia y sagacidad.

Por el contrario nuestra fe cristiana se distingue casi siempre por su falta de empuje, de ingenio y novedad. Nietzsche dice: "Los cristianos se parecen mucho todos ellos, tan pequeños, tan redondos, tan complacientes, tan aburridos". Y otro escritor añade: "Es extraño cómo las causas pequeñas atraen tantos adeptos, mientras que las grandes causas encuentran tan poco entusiasmo y participación".

En resumen, carecemos de fantasía. Generalmente ésta nace más del amor que de la inteligencia. Quien ama de veras inventa mil maneras de realizar sus intenciones. ¿Será que nuestro amor es pusilánime o permanece dormido?

Examinemos nuestro compromiso cristiano: Creemos en la Iglesia, pero no somos corresponsables en sus actividades. Simpatizamos con algunos sacerdotes, pero no les colaboramos. Sentimos compasión por los pobres, pero no lastimamos nuestras cuentas bancarias. Somos profesionales de la anestesia, prestidigitadores de ideas muy hermosas pero inocuas, traficantes de somníferos.

Examinemos nuestros movimientos apostólicos. No contagian, no llaman la atención, no se hacen sentir en la sociedad. Se han convertido a veces en museos donde se guarda una fe muy ortodoxa, pero cubierta de polvo y de silencio.

Aquel mayordomo malicioso inventó una curiosa manera de hacerse amigos para un mañana incierto.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y